Una palabra mágica

Andrés Guerrero

La primera estrella de la noche

Roberto Santiago

Ilustraciones de:

Marta Chicote

Título Original: *Una palabra mágica. La primera estrella de la noche.*
© 2020 de los textos: Andrés Guerrero y Roberto Santiago
© 2020 de las ilustraciones: Marta Chicote Juiz
© 2020 Fundación Línea Directa
www.fundacionlineadirecta.org
Impreso en España / Printed in Spain
Impreso por EASY GRAF, S.L. 2020
Diseño y maquetación: Marta Chicote Juiz
1ª edición

ISBN 978-84-09-25764-5
Depósito Legal: M-30120-2020

Una palabra mágica

Andrés Guerrero

La primera estrella de la noche

Roberto Santiago

Ilustraciones de:

Marta Chicote

PRÓLOGO

Pere Navarro Olivella
Director General de Tráfico

Uno de los retos más importantes que afronta la sociedad actual es buscar un futuro mejor para nuestros hijos e hijas, un futuro donde prime la seguridad, el bienestar y la sostenibilidad. Para conseguir esta nueva sociedad contamos con una herramienta crucial: la educación.

La educación nos permite aprender a interactuar con nuestro entorno de forma segura y adquirir las habilidades necesarias para poder convivir en sociedad.

Recuerdo la famosa frase de Pitágoras: "Educa a los niños y no será necesario castigar a los hombres". Lo que los niños aprendan de pequeños marcará sus hábitos como adultos. De ahí la importancia de que nuestros hijos e hijas se incorporen y adapten al mundo que les rodea. Y uno de los retos principales es que esos niños obtengan una autonomía segura en sus desplazamientos habituales desde edades tempranas.

Parece sencillo, pero detrás hay una labor educativa esencial: hay que crear una cultura vial, una convivencia cívica que se logra a través de muy diversas iniciativas.

Por ejemplo, la que tienes ahora en tus manos: aquí se expone cómo la prevención y concienciación de los más pequeños en la educación y seguridad vial sirve, en primer lugar, para que los niños se muevan de manera más segura y sostenible. Así, posteriormente, serán unos ciudadanos con formación y sensibilidad, lo que les permitirá actuar con buenas pautas como peatón autónomo, pasajero y finalmente usuario de transportes. En definitiva, como ciudadanos, en un espacio vial de convivencia, donde cabemos todos.

Por eso, este libro reviste especial importancia: además de darnos una visión clara de la educación y seguridad vial, es una gran iniciativa solidaria al apoyar a personas que se están recuperando, a nivel físico y psicológico, de las profundas secuelas que deja un accidente de tráfico.

Quiero dar mi enhorabuena por el esfuerzo y labor de los prestigiosos autores de esta obra: Andrés Guerrero y Roberto Santiago, y mi apoyo a esta causa solidaria tan delicada y dolorosa para los que la sufren.

Una palabra mágica

Andrés Guerrero

Siempre creímos que nada de aquello podría sucedernos a nosotros.

A ninguno de nosotros.

Yo tenía once años y Alberto también, pero él estaba a punto de cumplir los doce.

Dicen que el número de la mala suerte es el trece.

Pero no. No solo es el trece, porque Alberto, con casi doce años, se llevó toda la mala suerte del mundo.

En aquel tiempo, todos pensábamos, creíamos, que estábamos a salvo de cualquier desgracia, porque a esa edad no habíamos conocido ninguna.

Nuestra vida era espléndida, totalmente feliz, inocente y descuidada.

Con doce años no se vive de otra manera.

Cada tarde, nos juntábamos, chicas y chicos, en la parte más lejana del parque, la más apartada de nuestras casas, pegados al arroyo, donde nadie podía vernos a simple vista.

Aquel era nuestro lugar secreto.

Un lugar un tanto abandonado.

Y allí íbamos cada tarde siempre que podíamos.

Nos juntábamos con las bicicletas, los que teníamos, y los que no tenían se conformaban con que, al menos durante un rato, se las dejásemos los demás.

Así lo hacíamos.

La generosidad también era algo normal en aquella edad.

Los chicos más atrevidos competían en hacer cosas que nos impresionaran a las chicas: caballitos, derrapes, equilibrios… Casi nada más peligroso que darse un simple porrazo y salir magullado o con algunos arañazos.

Aquel era su juego.

Pero aquella tarde Alberto apareció con una moto. ¡Impresionante!

Nos dejó a todos y a todas con la boca abierta.

Era una Puch Dakota de color verde.

Era de su hermano mayor. La conocíamos, habíamos visto a su hermano montado en ella, pero jamás la habíamos tenido tan cerca como para poder tocarla. Olía a gasolina y tenía un potente motor, nada que ver con nuestras pobres bicis. Y verla en manos de Alberto nos pareció fascinante.

Alberto también intentó impresionarnos haciendo un par de caballitos y dando unas pasadas a toda velocidad.

Parecía manejarla con soltura. Seguro que no era la primera vez que montaba en ella.

Visto ahora, aquello no era para tanto, pero entonces era lo más emocionante que podíamos tener a nuestro alcance.

Y cuando paró a nuestro lado y paseó su sonrisa triunfal entre todo el grupo, quedamos hipnotizados.

Y más yo, cuando me invitó a subir con él.

No solo en los ojos de las chicas brotó un brillo de envidia, también en los de los chicos. Cualquiera de ellos hubiera dado mucho más de lo que llevaba encima por haber subido en aquella maravilla de moto.

Pero no, la elegida fui yo.

Y no pude decir que no… ¡No quería decir que no!

¿Cómo iba a hacerlo si me encantaba Alberto?

¿Y no era aquello una prueba de que yo también le gustaba a él?

Ni cascos, ni ningún otro equipamiento: ni ropa, ni botas, ni protectores… Entonces era impensable llevar alguna de esas cosas. Y no era para tanto, solo era una moto de 50 CC.

¿Solo? Para nosotros lo era todo.

Y me subí con él.

Y sentí un vértigo en el estómago cuando aceleró, soltó el embrague y arrancamos a toda velocidad.

Me agarré a su cintura con toda mi fuerza, y él miró hacia atrás y pude ver su generosa sonrisa.

Entonces la moto se le levantó de delante sin control, y en un intento de corregir la falsa maniobra, perdió el equilibrio. Tal vez por mi culpa, porque al sentir que la moto se levantaba caí hacia atrás sin pretenderlo.

Alberto también se cayó, y rodó bruscamente por el terraplén hasta el borde del arroyo, y la moto, brincando y rebotando sin control, impactó violentamente sobre él.

A mí no me pasó apenas nada, unas contusiones en la espalda y aparatosos rasguños en las piernas que resultaron sin importancia.

Y un susto de muerte. Eso sí.

Pero a Alberto le cayó la moto encima, sobre la pierna. Fue un golpe brutal.

Y gritó como si le hubieran cortado la pierna en vivo.

Yo quedé horrorizada.

Alberto, con casi doce años, se llevó toda la mala suerte del mundo.

Perdió parte del pie izquierdo, tuvieron que amputarle tres dedos y durante mucho tiempo tuvo que andar con muletas.

Aquello nos arrancó de nuestra equivocada seguridad, y nos mostró una parte de la vida que no conocíamos.

Después, con los años y con los avances de la técnica en las prótesis, Alberto pudo dejar las muletas y andar sin ninguna ayuda.

Aunque cojea desde entonces.

Creo que aquel accidente terminó uniéndonos.

Hoy estamos casados y tenemos un hijo.

Nunca he vuelto a subirme en una moto.

Sin embargo, Alberto nunca dejó las motos. Siempre le atrajeron en exceso, y aunque no pudo dedicarse a montar o competir, como le hubiera gustado, estudió mecánica, y cuando terminó sus estudios, puso una tienda-taller de compra y venta de motos.

Hoy sigue con ella, compra motos de segunda mano, sobre todo clásicas, y las arregla y restaura, dejándolas como nuevas, para venderlas después.

Es bueno en su trabajo.

Muy bueno.

A veces, me dice:

–Ha llegado una Puch Dakota.

Entonces me sonríe, sin ningún tipo de rencor, sin reproches.

Alberto tiene una sonrisa feliz, que calma las tormentas.

Las tormentas de mi alma, que siempre se sintió en parte culpable de aquel suceso.

Él, en su consuelo, dice que esas cosas pasan, que son accidentes, pero que no deberían pasar.

Lo dice ahora, cuarenta años después… No deberían pasar.

Ahora todo es diferente, a nadie se le ocurre ir sin casco y sin protección, pero entonces…

Entonces teníamos apenas doce años, y éramos poco más que unos niños.

Imprudentes.

Nuestro hijo se llama Nacho, y acaba de cumplir quince años.

Nos ha pedido un regalo de cumpleaños: el carné de moto.

Ya tiene edad para conducir una moto de 50 CC.

Siempre se ha movido entre las motos de su padre, y le brillan los ojos cuando arranca alguna en el taller.

Alberto nunca le ha dejado conducir ninguna:

–Cuando tengas quince años y te saques el carné.

Siempre le dijo eso.

Se lo prometió.

Y ha cumplido los quince.

Y yo estoy horrorizada.

No quiero que nadie de mi familia vuelva a pasar por lo que pasé yo. Y menos aún que quede incapacitado por un accidente.

O algo peor.

Me negué rotundamente, pero la suplicante mirada de Nacho no encontró justificación para mi negativa. No podía entender mi miedo.

Y la sonrisa de Alberto de calmar tormentas llegó hasta mí.

Y me habló con la misma calma que sonreía:

–¿Sabes? No hay que tener miedo. El miedo es el causante de muchos accidentes y de muchas de las cosas malas que nos pasan en la vida. Hay una palabra mágica para superar todo eso, una palabra mágica que sirve para no tener miedo a nada. La palabra mágica es

CUIDADO

Eso dijo.

–Solo hay que tener cuidado.

Yo le miré aún con desasosiego.

Alberto me abrazó y me hizo una promesa al oído:

–Tendrá cuidado. Todo el cuidado del mundo. Te lo prometo.

La primera estrella de la noche

Roberto Santiago

Mi nombre es Iván. Tengo diez años.

Y llevo tres meses y medio ingresado en el hospital.

Algunos que se creen muy graciosos me llaman Iván El Terrible.

Estrella nunca me llama así.

Ella me llama Iván.

Sin más.

Estrella tampoco me pasa la mano por el pelo durante media hora como hacen muchos mayores que vienen a verme.

Ni me da esos horribles pellizcos en los mofletes.

Ni me dice tonterías como:
"Qué suerte tienes de estar en el hospital, así no vas al colegio".

O:
"Ya verás como muy pronto se te curan las piernas y antes de que te des cuenta, estarás corriendo una maratón".

Estrella me trata como a una persona normal inteligente. No como a un crío que no se entera de nada.

Me dice la verdad:
“Es una faena estar en el hospital”.

Y:
“Aún te quedan varias semanas aquí”.

Y:
“Probablemente, no volverás a andar”.

Y:
“Tendrás que aprender a utilizar tus brazos para moverte”.

Y:
“Los brazos también se pueden usar para correr y para bailar. Sé muy bien de qué hablo. Aquí donde me ves, soy una experta bailarina”.

Estrella siempre lleva consigo una pegatina amarilla en la que pone: “Concurso de baile Moderno. Bailarina de bronce”.

–¿Y el fútbol? –pregunto, desafiante–. Es mi deporte favorito. Sin piernas, no se puede jugar al fútbol.

–Por supuesto que se puede –responde ella–. Además, lo importante para el fútbol es tener una buena cabeza. Como para todo en la vida.

A continuación, me enseña en el móvil unos vídeos donde los mejores jugadores de fútbol del mundo meten goles espectaculares… de cabeza.

Ella se encoge de hombros. Y los dos nos reímos.

–Hay que tener muy buena cabeza, ja, ja –repite.

Estrella es la enfermera jefa en el turno de noche. Es una persona… especial.

–Lo tuyo también es una faena –le digo yo para pincharla.

–¿A qué te refieres? –me pregunta.

–A que te pasas aquí todas las noches con niños enfermos como yo –respondo–. Es muy triste para ti. ¿No tienes un marido? ¿O unos hijos?

Estrella me toma las constantes, resopla y justo antes de salir, dice:

–Tengo el mejor trabajo del mundo, Iván.

En ocasiones, las noches de lluvia, nos da por hablar del futuro.

–Me habría gustado ser entrenador de fútbol –digo.

–¿Ya no quieres? –replica Estrella.

Señalo mis piernas.

–No puedo –digo.

–Bobadas –suelta ella–. Puedes ser entrenador de fútbol perfectamente. O astronauta. O presidente del gobierno.

–Uf, presidente mejor no –contesto.

–O corredor de atletismo –continúa Estrella–, o jardinero, o veterinario, o atracador de bancos…

La miro desconfiado.

–Lo dices para animarme.

–Lo digo porque es la pura verdad –insiste–. No lo vas a tener fácil. Claro que no. Pero puedes hacer lo que te dé la gana. Solo necesitarás talento y trabajo.

–¿Tú siempre has querido ser enfermera jefa de la planta de niños parapléjicos? –le pregunto de sopetón.

Ella sonríe.

–Siempre quise ser enfermera. Lo otro se me ocurrió después.

–Me van a hacer unas pruebas en la médula –digo–. Si salen bien, me iré a casa.

–Enhorabuena –dice Estrella, pasando la mano por su pegatina–. Venga, anda, muévete, que tengo que cambiarte la almohada.

Un lunes por la mañana, me hicieron muchas pruebas y análisis.

A partir de ahí, todo cambió.

Según dijeron, todo iba muy bien. Mejor de lo que esperaban.

–Estás respondiendo muy bien al tratamiento, Iván –me dijo el doctor.

–No descartamos que llegues en el futuro a recuperar cierta sensibilidad y movilidad en las piernas –dijo también.

–Pero no queremos darte falsas esperanzas –añadió.

Vamos, que no tenía ni idea.

De remate, me revolvió el pelo un buen rato.

–Lo estás haciendo muy bien, campeón –me dijo, y me guiñó un ojo.

El lote completo.

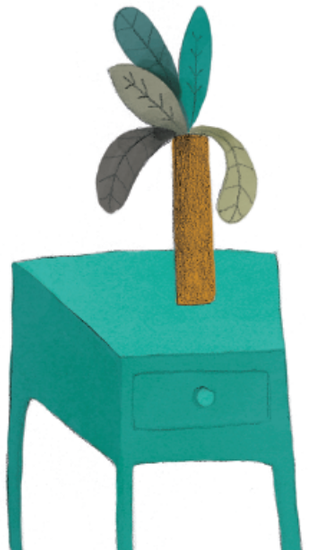
Primero me dice un montón de tonterías.

Después me trata como a un niño pequeño.

Y por último me llama "campeón".

Buffffff.

El caso es que me dieron el alta.



La última noche que pasé en el hospital, Estrella estaba muy seria.

Más que de costumbre.

–Mañana me voy –dije.

–Ya –contestó ella.

–A lo mejor no volvemos a vernos –murmuré.

Ella me observó con detenimiento y meneó la cabeza.

–Tú y yo nos seguiremos viendo todas las noches –dijo.

–¿Vas a venir a verme todas las noches a mi casa? –pregunté, sorprendido.

–Me encantaría, pero tengo que seguir viniendo al hospital –respondió–. A lo mejor algún día iré a visitarte, si me invitas.

–Claro, estás invitada siempre que quieras –aseguré.

–Muchas gracias –dijo–. Pero a lo que me refería es a que, por las noches, aunque no estemos juntos, nos podremos ver solo con mirar al cielo…

Empujó mi cama con determinación.

No sé si lo he dicho, pero mi cama en el hospital tiene ruedas.

Me colocó delante de la ventana y dijo:

–Si descubres la primera estrella de la noche, puedes pedirle un deseo. Siempre se cumple.

–¿Cuál es la primera estrella? –pregunté, interesado.

–Pues la primera que aparece en el firmamento –contestó, como si estuviera clarísimo–. No vale la segunda, ni la tercera, ni la cuarta. Tiene que ser la primera, ni más ni menos.

–¿Cómo puedo estar seguro de que es la primera? –volví a preguntar.

–No puedes saberlo con seguridad –dijo–. Cada noche la primera estrella es diferente. Aparece a distintas horas. A veces incluso aparece antes del anochecer. Depende de muchas cosas.

–Pero si me equivoco de estrella… –empecé a decir.

–Si te equivocas, vuelves a intentarlo a la noche siguiente –me cortó–. Y a la siguiente. Y a la siguiente también…

–Qué cansado –dije.

Ella sonrió.

–Cuando estés en tu casa observando el cielo, recuerda que en ese preciso instante, yo también lo estaré mirando. Desde aquí mismo.

Miré al cielo a través de la ventana.

Estaba muy oscuro.

Ninguna estrella a la vista.

Ni siquiera la luna.

Nada de nada.

–Concéntrate –dijo Estrella–. En cuanto veas la primera estrella de la noche, cierra los ojos y pide un deseo. Si al abrirlos, sigue allí y no ves ninguna otra estrella al mismo tiempo, se cumplirá.

Lo dijo con tal seguridad y sencillez, que supe de inmediato que era verdad.

Nos quedamos en silencio, mirando el cielo.

Al rato, Estrella tuvo que irse a hacer su ronda.

–Buenas noches, Iván.

Yo no me moví de allí.

Aquella noche, pasé varias horas con la vista clavada en el firmamento desde mi cama.

Hasta que apareció una pequeña estrella.

Rápidamente, cerré los ojos y pedí un deseo. Sabía perfectamente lo que quería.

Al abrirlos… la diminuta estrella seguía allí arriba.

La primera de esa noche.

No sé cómo sonará así dicho, pero fue muy emocionante.

Después, me quedé dormido.

Era muy tarde.

Cuando desperté, se había hecho de día y los primeros rayos de sol entraban por la ventana.

–¡Iván! –exclamó una voz detrás de mí.

Al darme la vuelta, vi a mis padres con una sonrisa de oreja a oreja y una pequeña maleta en la mano.

–¡Por fin vuelves a casa, qué alegría! –dijo mi madre.

–¿Estás contento? –me preguntó mi padre.

–Claro –respondí, sin mucho convencimiento.

Me ayudaron a vestirme y me preparé para decir adiós al hospital.

Justo antes de salir de la habitación, eché un último vistazo.

Después de tantos meses, iba a echar de menos aquel lugar.

–Ah, te han dejado un regalo –anunció mi madre.

En la puerta del cuarto, asomó una silla de ruedas.

No una cualquiera. Era la silla de ruedas… ¡de Estrella!

¡La misma que ella utilizaba para moverse a todas partes!

Con la inconfundible pegatina amarilla del torneo de baile en el respaldo.

“Concurso de baile moderno. Bailarina de bronce”.

Antes de ingresar en el hospital, yo no sabía que una persona que va en silla de ruedas podía ser enfermera jefa. Hay muchas cosas que había aprendido en los últimos meses.

Me senté en la silla de ruedas de Estrella.

Tal vez ella se había comprado un modelo nuevo.

O a lo mejor mi deseo de anoche se había cumplido y Estrella ya no necesitaría silla de ruedas nunca más.

De pronto, me sentí capaz de cualquier cosa.

Sabía que pasara lo que pasara, Estrella y yo nos veríamos todas las noches.

Empujé las ruedas con mis dos brazos.

Y murmuré:

–Allá voy.

Los escritores:

Andrés Guerrero

Escritor e ilustrador de literatura infantil y juvenil. Es Premio SM Gran Angular 2019 por “Blanco de Tigre” y Premio CCEI de Ilustración 2009 por el libro “Cinco ovejitas”, de Barco de Vapor. A lo largo de su carrera ha ilustrado numerosos libros de otros autores. En la actualidad suele dedicarse a sus propias obras como autor e ilustrador. Es autor de varios libros y cómics de Lectura Fácil.

Roberto Santiago

Escritor, dramaturgo, guionista y director de cine. Se ha convertido en todo un referente de la literatura infantil como creador del fenómeno “Los Futbolísimos”, que es la serie de libros para niños más vendida en España; traducida, además, a muchos idiomas y llevada a la gran pantalla. Le sigue a la zaga su colección “Los Forasteros del Tiempo”. Debutó en la novela para adultos en 2017 con “Ana”, que cosechó éxito de crítica y público, traducida también a varios países y adaptada en serie para TVE.

© Daniel Mordzinski

La ilustradora:

Marta Chicote

Licenciada en Bellas Artes por la Universidad Complutense de Madrid, trabajó varios años como diseñadora gráfica en diversas agencias y estudios de diseño, aunque actualmente se dedica de lleno a su gran pasión: la ilustración. Trabaja para reconocidas editoriales tales como SM, Santillana, Edelvives, Anaya u Oxford University Press, así como para agencias de publicidad, organizaciones, fundaciones... con clientes como El Corte Inglés, Carrefour, Coca-Cola, Accenture, Fitur... Sus ilustraciones han protagonizado diferentes exposiciones, reproducciones y productos de merchandising.

El libro, impulsado por la Fundación Línea Directa,
reúne dos cuentos escritos por *best-sellers* de la literatura juvenil que,
de manera altruista, colaboran en la lucha contra los accidentes de tráfico.

Dirigidos a la concienciación en seguridad vial y la sensibilización con las víctimas,
es una lectura recomendada para que los más pequeños conozcan
a través de la literatura las consecuencias de los accidentes en carretera.

La recaudación íntegra se destinará a la
Fundación del Hospital Nacional de Parapléjicos de Toledo.

Edita:

fundación línea directa

Colabora:

Casa del Libro